

A L G U N A S
INVESTIGACIONES
SOBRE PERFILES
DE VÍCTIMAS Y
A G R E S O R E S

Se observa entonces que el problema de la violencia no sólo se reduce a generalidades. En todos los salones se encuentran niños que ejercen su liderazgo por ser los más violentos, los “chachos” como los llaman, y con los cuales “no se mete nadie”. Generalmente, estos niños son los que más problemas familiares y sociales padecen y necesitan una buena dosis de agresividad (Valdés, 1991).

Para empezar con este tema, es necesario mencionar a un autor que se ha puesto en la tarea de examinar y analizar ciertas características de los niños que son víctimas de agresiones y de los que cometen estas contra otros compañeros. Ese autor, es Dan Olweus (1998), quien plantea varias características, que a continuación se nombran.

Respecto a los niños que son víctimas, Olweus plantea las siguientes características, tomando en cuenta diferentes categorías para plantearlas. En primer lugar, se puede mencionar la influencia de la variable “género” con relación a los niños que son afectados por la violencia escolar. Según los datos de la investigación de Olweus, existe una tendencia a que los niños estén más expuestos al acoso que las niñas.

Las víctimas típicas, son por lo general alumnos más ansiosos e inseguros que los demás. Suelen ser cautos, sensibles y tranquilos, cuando se sienten atacados, normalmente reaccionan llorando y alejándose (en especial en grados más inferiores).

Padecen de una baja autoestima con una opinión negativa de sí mismos y de su situación. Con frecuencia se consideran fracasados, estúpidos y avergonzados. En los colegios se les observa solos y abandonados, casi no tienen ni un solo buen amigo en su clase, no muestran conductas agresivas ni burlonas, de lo cual se infiere que el acoso y la intimidación no se puede explicar por las provocaciones a que las propias víctimas pudieran someter a sus compañeros. Estos niños, también suelen tener una actitud negativa frente a la violencia y el uso de medios violentos. Si se trata de niños, lo más probable es que se vean más débiles que los otros en general. A este grupo de víctimas, el autor los clasifica como víctimas pasivas o sumisas. Niños que no responderán al ataque o al insulto.

También se caracterizan por un modelo de ansiedad y de reacción sumisa combinada con una debilidad física. En este tipo de víctimas, el hostigamiento repetido por parte de los compañeros, es lo que posiblemente genera en ellos su alto grado de ansiedad, inseguridad y en general la valoración negativa que hacen de sí mismos. De igual forma, estos niños tienen con sus padres, especialmente con sus madres, un contacto más estrecho y unas relaciones más positivas que otros niños en general. Para algunos maestros, dicha relación constituye una sobreprotección por parte de las madres.

La otra categoría que Olweus propone para las víctimas, es la de las “víctimas provocadoras”, quienes se caracterizan por

una combinación de modelos de ansiedad y reacciones agresivas. Estos alumnos suelen tener problemas de concentración, y se comportan de forma que causan irritación y tensión a su alrededor. Algunos de ellos pueden caracterizarse como hiperactivos. No es raro que su conducta provoque a algunos alumnos de la clase. Al igual que las víctimas pasivas, estos niños también pueden ser más débiles físicamente que sus compañeros. Además, pueden ser malgeniados, intentan pelear o responder cuando se les ataca o se les insulta, pero normalmente de forma ineficaz. Pueden ser hiperactivos, inquietos, dispersos y ofensivos y de costumbres irritantes, es posible que provoquen el disgusto activo de los adultos, incluidos los profesores y pueden intentar agredir a otros escolares más débiles.

A continuación, se hace mención a lo que suele caracterizar a los agresores típicos, tomando como referencia lo que este mismo autor propone. Una característica distintiva de estos niños es su belicosidad con sus compañeros, aunque a veces también se muestran de la misma forma con los adultos, tanto con sus profesores como con sus padres. En general tienen una actitud de mayor tendencia hacia la violencia y el uso de medios violentos que los demás alumnos. Suelen ser impulsivos y observan una necesidad imperiosa de dominar a los demás, presentan poca empatía con las víctimas de sus agresiones. Con frecuencia registran una opinión positiva de sí mismos, son físicamente más fuertes que sus víctimas.

En común opinión de psicólogos y psiquiatras, son niños que, aunque adopten modelos de conducta agresivos y bravucones, de hecho esconden bajo la superficie una personalidad ansiosa e insegura. También es necesario mencionar que existen alumnos que aunque son agresivos y participan en las intimidaciones hacia los otros, normalmente no toman la iniciativa. A estos alumnos, se los clasifica como “agresores pasivos, seguidores o secuaces”. Son alumnos que se suelen rodear de un grupo de compañeros que les apoyan y parecen simpatizar con ellos.

Con relación a los aspectos psicológicos de estos niños, Olweus plantea tres posibles motivos basado en sus investigaciones. En primer lugar, estaría el hecho de que quienes intimidan y acosan sienten una necesidad imperiosa de poder y de dominio, parecen disfrutar cuando tienen el “control” y necesitan dominar a los demás. Segundo, considerando las condiciones familiares en las que se encuentran estos niños, se puede suponer que han desarrollado cierto grado de hostilidad hacia el entorno, y tales sentimientos pueden llevarlos a sentir satisfacción cuando producen daño y sufrimiento a sus compañeros. Y tercero, se encuentra el componente del beneficio que consiguen con sus comportamientos, ya que, los agresores con frecuencia obligan a sus víctimas a que les den dinero, sus onces y otras cosas.

En general, estos niños que agreden o intimidan a los demás suelen participar en actividades tales como gastarles bromas

desagradables en repetidas ocasiones a sus víctimas, les llaman por apodos, los insultan, los ridiculizan, los desafían, los denigran, los amenazan, les dan órdenes, les dominan y subyugan. Molestan a sus víctimas, los empujan, los acobardan, los pinchan, los golpean y les dan patadas, los envuelven en peleas y discusiones en las que se encuentran indefensos, les quitan los libros, el dinero, y sus pertenencias se las pueden romper o “lanzar lejos”. Pueden comportarse así con muchos alumnos, pero por lo general escogen sobre todo a los más débiles y relativamente indefensos.

Con relación a las niñas agresoras, hay que tener en cuenta que resulta más difícil descubrirlas, ya que éstas se sirven de medios menos visibles de hostigar, como la calumnia, la propagación de rumores y la manipulación de las relaciones de amistad en clase.

En general, los alumnos agresores, suelen tener las siguientes o más características:

- físicamente, pueden ser más fuertes que sus compañeros de clase y que sus víctimas en particular
- pueden ser de la misma edad o un poco mayores que sus víctimas
- son físicamente eficaces en los juegos, los deportes y las peleas

- sienten una necesidad imperiosa de dominar y subyugar a otros alumnos, de imponerse mediante el poder y la amenaza, así como de conseguir lo que se proponen
- pueden valerse de su superioridad real o imaginaria sobre otros alumnos
- son malgeniados, se enfadan fácilmente, son impulsivos y poco tolerantes a la frustración
- les cuesta adaptarse a las normas y aceptar las contrariedades
- suelen tener con los adultos, una actitud hostil, desafiante y agresiva, (incluso con sus padres y maestros) y pueden llegar a atemorizarles (según la edad y la fuerza física del joven)
- son convincentes para salirse de “situaciones difíciles”
- se les considera rudos, duros, y muestran poca simpatía por los alumnos que sufren de las agresiones
- tienen generalmente una concepción positiva de sí mismos
- suelen adoptar conductas de tipo antisocial, incluido el robo
- tienen malas compañías, con frecuencia cuentan con el apoyo de un grupo de compañeros
- los agresores son menos populares en las escuelas de primaria

- su rendimiento académico puede ser normal, o estar por debajo o por encima del promedio en los grados de primaria, mientras que en la secundaria, por lo general obtienen notas más bajas y desarrollan una actitud negativa hacia la escuela.

En general, esto es lo que plantea Dan Olweus, con relación a los perfiles típicos de los niños agresores y de sus víctimas. Sin embargo, en otras investigaciones se han podido establecer otros rasgos típicos para estos protagonistas del fenómeno de la violencia escolar. Tal es el caso de Mooij (1997), quien plantea que una de las causas de la conducta antisocial puede ser observada en la persona en cuestión, es decir, el perfil personal puede tener una importante relevancia en este hecho. Entonces, las variables significativas pueden ser las biológico-culturales, como el género (siendo de más riesgo el masculino) y los factores emocionales y sociales que tienen un impacto sobre el individuo.

Un factor importante estriba en la relación que se establece entre la madre y el bebé, y en particular en la tendencia de la madre por dominar e infligir castigos crueles al niño. Se presentan también procesos de poder e identidad dentro del propio grupo infantil (deseo de impresionar a los amigos, conciencia de falta de control social y conocimiento del riesgo de ser descubierto, reconocimiento de que la víctima es más débil y otros más). Los

amigos, pueden forzar a otro niño a sumarse a una conducta antisocial, como pegar o robar. Con los comportamientos antisociales, se le puede dar al niño una posición superior en la jerarquía de sus amigos (Mooij, 1997).

Algunos de los niños agresores creen que son más interesantes y que los demás los mirarán mejor si desprecian a sus compañeros, les buscan defectos, se burlan de ellos, estropean sus cosas, los aíslan porque no son como ellos, o porque creen que éstos no podrán defenderse de ninguna forma ante sus burlas o amenazas. En realidad este tipo de niños no tienen verdaderos amigos. Los que son sus secuaces, puede que lo hagan por miedo o porque no sabrían cómo hacer sus propios amigos y se apoyan en el poder del otro, para hacerse un poco más importantes.

Encontramos otro autor aún más reciente (Armas, 2000), quien plantea una interesante categoría de análisis para los perfiles de los niños o niñas agresores, esta es, **la ley del silencio**: los matones intentan callar a sus víctimas asustándolos y amenazándolos para que no comenten con nadie la agresión a la cual están siendo sometidos y de esta manera imponen la ley del silencio. Algunos de los matones se comportan como las mejores personas delante de los docentes pero, al momento de marcharse, el matón encuentra la mejor oportunidad para atacar a su víctima y así mismo lo intimida. El salón de clases es el lugar más habitual para insultar a sus compañeros, colocar apodosos y hasta romperle

sus objetos personales. Para estos niños, la hora del recreo es el espacio más habitual para las agresiones físicas y de exclusión social.

La agresión entre iguales no se limita a las aulas o al recreo, también puede llegar a ocurrir fuera de las instalaciones de la institución educativa. Así por ejemplo, si la víctima y el agresor son niños que se encuentran viviendo cerca el uno del otro, no solamente se produce en los espacios del colegio, sino también se extiende al barrio donde se encuentren viviendo.

Los matones normalmente quieren que la atención de todas las personas se centre en ellos para así sentirse importantes y fuertes. La mayoría de matones, aunque no lo demuestren, sienten gran frustración y tristeza internamente y tienden a tener un carácter depresivo. Sienten envidia por los demás y su interés principal es estropear la felicidad de los demás. Otras características principales de los niños matones son (Armas, 2000):

- el niño justifica sus actos violentos; ejemplo, refiere que era una broma o que fue culpa de la víctima quien lo provocó
- no asume la responsabilidad de sus actos, “los culpables siempre son los demás”
- se disculpa negando lo evidente, refiere aspectos como “yo sólo estaba pasando por ahí”, o “tuve que defender a

mi amigo” o “no quería hacerle daño pero él me obligó” y así, situaciones similares

- solamente reclama sus derechos, olvidándose de sus deberes
- se considera más a la víctima que al maltratador: justifica que él no es quien maltrata sino que se estaba defendiendo de una agresión
- reacciona con una agresividad desmedida al ser reprendido
- muestra la necesidad de llamar la atención e impresionar; hace cualquier cosa con el objetivo de impresionar y conseguir popularidad entre sus compañeros.

Por otro lado, a la hora de brindar una descripción de las víctimas y agresores, se puede optar por analizar características a diferentes niveles, por ejemplo, aspectos psicológicos, biológicos o sociopsicológicos. Otras variables pueden ser la estructura y la interacción familiar, la integración escolar, la autoestima, entre otras.

Farrington (1993), citado por Campart y Lindström (1997), señala que hay una tendencia a que las víctimas de la intimidación tengan ligeramente más signos de deficiencias físicas que otros

estudiantes. Tienden a tener baja autoestima, ser impopulares entre sus compañeros, tener pocos amigos, con redes sociales entre compañeros y profesores muy pobres, y sus relaciones con sus padres suelen ser más estrechas que los demás. Con relación a los agresores, se inclinan a una baja integración escolar, y varios de ellos han participado en actos delictivos. Los niños están más representados como víctimas y como autores que las niñas. En cuanto a las características a nivel familiar, estos autores no encuentran diferencias significativas, sin embargo, en cuanto a la interacción familiar, un porcentaje más alto de niños agresores indica que estos no tienen una relación muy positiva con sus padres.

Algunos de los comentarios de los niños víctimas, son los siguientes: *“Cuando se meten con nosotros nos sentimos raros, débiles y torpes y creemos que no sabemos hacer nada bien, porque los abusos parecen muy populares, pero eso no es cierto. Ellos no tienen amigos, sino seguidores que así se sienten protegidos y se hacen los rudos. Si somos maltratados por algunos de nuestros compañeros y nos cuesta de nuestros sentimientos y nos callamos cuando se burlan de nosotros, nos ponen apodos o abusan de nosotros, porque nos da miedo o vergüenza decir lo que está pasando y porque van a pensar que somos débiles, quejatas o nenitas.....”*(Anónimo, s.f.).

Como ejemplo de la justificación de los seguidores de estos niños agresores, Parra, Gonzáles, Moritz, Blandón y Bustamante (1994), citan textualmente lo que un niño entrevistado menciona

respecto a las amistades de los niños agresivos: “¿Qué puede hacer un niño para vivir en un grupo como el tuyo?.....*Pues, por ejemplo, ser el amigo del que pelea. Entonces así no le pasa nada a uno. Juan Carlos, por ejemplo, por eso empezó a echarme vainas, porque él es el amigo de Jairo. Entonces por eso Jairo llega y pelea por él. A Jairo le gusta sentirse fuerte y él es el que pelea, viene y se la vela a todos.*” (p.308).

En general se observa que algunos autores pretenden generar ciertas particularidades de los protagonistas de la violencia en las escuelas, tanto de los niños agresores como de los niños víctimas. Con esto se entiende que también en los niños se puede presentar una organización social propia en la que no media ninguna figura de autoridad.

Por ejemplo, tanto en los recreos como en los momentos en que los niños se encuentran sin la maestra, se genera una gran carga de acción. Se dan ciertas características en las relaciones entre los niños, surgen ciertas reglas específicas que se crean para sus juegos y sus relaciones con los demás compañeros, vivencian a su manera las situaciones de conflicto, y se observa cómo interiorizan los valores que la sociedad les ofrece y cómo interiorizan y trasladan los valores que la sociedad les presenta. A través de las voces de los niños se puede descubrir la cultura de su organización social.

En los grupos se empieza a dar el fenómeno de “el duro del salón”, quien es un líder que debe mostrar ante los demás

que él es fuerte para pelear. El grupo también ejerce una presión sobre estos niños para que mantengan su puesto. Todos lo ponen a prueba para que pelee (Parra, Gonzáles, Moritz, Blandón, y Bustamante, 1994).

Para concluir, se puede citar otro comentario de una entrevista realizada sobre este tema por Parra, Gonzáles, Moritz, Blandón y Bustamante (1994), en la cual se evidencia la particularidad de las relaciones que se presentan entre los niños, cuando no se encuentran frente a una figura de autoridad:

- *“Hay alguien que por ejemplo a ellos les gusta fregarlo porque ven que se la pueden montar, como decimos nosotros. Entonces muchas veces se dejan. Jairo es el que siempre busca y les pega a todos.”*

- *“Entonces ¿Jairo es como una especie de autoridad cuando ustedes están solos?”*

- *“Sí, y también Alex. Pero eso funciona mal porque Jairo como es el fuerte tiene derecho a, por ejemplo, pegarle a uno sin derecho a uno hacerle nada porque si no él le pega a uno.”* (p. 309).

Con lo anterior pretendía brindar al lector una idea general de temas, como la agresividad y la violencia entendidas desde diferentes corrientes teóricas y la violencia escolar, presentando los diferentes contextos investigativos que se han empleado para el abordaje e intervención de dicho fenómeno en las escuelas del mundo. En los siguientes capítulos trataré la perspectiva y la

experiencia general que a la “Violencia escolar” se refiere, a las características comunes de niños que son agresores y de los niños que son víctimas dentro de este fenómeno.

